

## **Meditación 6. Incumplimiento de la vocación: tibieza**

El pecado no es problema, tiene una función, como decía Agustí Altinsent: “no suelen ser de malicia sino de flaqueza... deslumbrados por la tentación, ponemos entre paréntesis nuestro ideal habitual y cedemos... no tiene sólo un aspecto, el negativo, son dos. Y el segundo permite una reconversión cara a Dios. En general, se nos ha enseñado a sacar partido sólo de la victoria; pero las derrotas pueden también ser muy útiles... Sí, por rebote; levantándonos enseguida con la misma ilusión y sencillez que antes –o más-, confesándonos y continuando nuestra fascinante aventura con Dios (...) Nuestros tropiezos nos obligan a arrodillarnos, agachar la cabeza y confesarnos, señales claras de que dependemos de él... Si nos deprimimos y nos decimos: ‘vivir según Jesucristo no es para mí; desconecto y abandono’, mal, muy mal. Si queremos justificarnos diciéndonos: ‘eso no es pecado’, mucho peor. Pero si nos levantamos con sencillez, confesando nuestra flaqueza y luego olvidamos lo pasado y tratamos de ser felices de Dios, felices con Dios y con los demás, que son su imagen, muy bien.

Primera condición: no ponernos patéticos al dolernos del pecado y confesarlo. Hay quienes resuelven tanto sus pecados y hablan tanto de ellos a Dios y a su confesor que parece que el pecado sea un invento suyo. ¡No somos tan geniales!... Segunda condición: no irritarse consigo mismo por haber pecado, ni extrañarse de que de nosotros salgan tales cosas. Tercera: vivir del perdón y no dejarse turbar por lo ocurrido y perdonado. (...) Deprimirse por el pecado es una reacción de nuestro amor propio herido, que no hay que confundir con el ‘dolor’, que es un acto espiritual de la voluntad. Nada, pues, de tristeza: confianza.

Cuando hablo de pecado de flaqueza, todos imaginarán que trato del pecado carnal. ¿Por qué este monopolio? Hay varias causas. El clero, antes, hemos insistido monótonamente en ese pecado por una formación descompensada (¡que no se arregla con el error opuesto, cuidado!). Y también porque ese pecado abulta materialmente y es contabilizable: un acto de fornicación o de masturbación, eso son habas contadas.

Y, sin embargo, por ser debidos en general a la flaqueza que nos arrastra, pueden ser más tenues como infidelidad a Dios (aunque cubiquen más como espectáculo) que otros pecados. Ya no es tan claro, por ejemplo, saber si peco gravemente por guardar estancado demasiado dinero y no ayudo suficientemente a los demás con él, o si la prudencia me aconseja guardar, si, lo que guardo. Esa cuestión pertenece más al centro del Evangelio, pero tiene perfiles más borrosos, menos fáciles de calibrar como culpa...”

Recordáis aquella historieta: Un día se reunieron todos los sentimientos negativos del mundo por destruir el amor, matarlo. Empezó el mal carácter: “yo conseguiré destruir el amor!”; y efectivamente, el amor quedó herido por aquel mal carácter, pero, aguantó. Y después, otro dice: yo, los celos, conseguiré un malestar tan profundo, que le vendrán ganas a la víctima de los celos de que sea verdad aquello que el otro se inventa, esta especie de tontería. Y también cayó herido el amor, pero se rehizo. Y así fueron pasando otras muchas desgracias: la pobreza, etc... Y el amor siempre volvía a renacer, nunca quedaba muerto, siempre reavivaba. Entonces, se levantó allá al fondo una figura tétrica, y dijo: yo os lo traeré bien muerto, sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y afectivamente lo hizo, lo consiguió. Cuánto volvió ya de haber cumplido esta misión, le preguntaron: “tú quien eres, qué sentimiento eres que has conseguido el que nadie ha conseguido?” Y este, que estaba escondido bajo un sombrero negro que no se dejaba ni ver la cara, dice: -“yo soy la rutina”..., la rutina que mató el amor. -La rutina, que es la carencia de energía, la carencia de vida; la rutina, que es el sepulcro de la vida interior.

La falta de amor es el pecado, pero el pecado puede llevar a la conversión como el hijo pródigo, pero esta rutina es más peligrosa, pues el aburrimiento es la única enfermedad mortal, el único error funesto que hay a la vida, es conformarse con la derrota, es no luchar por vivir el amor, es dejarse traer por esta desesperación. La carencia de esperanza es la única enfermedad mortal que hay en la vida, porque el Espíritu siempre quiere la Vida; la única posibilidad de rechazar el Espíritu es negarse a recibir cualquier consolación, negarse a recibir el Amor de Dios, negarse a cualquier forma de amor. Esta sería la tibieza: es una de es una degeneración de esta tristeza que trae al aburrimiento de la vida... eso lo veremos después, -ahora nos podríamos entretener a ver estos procesos interiores: -la abulia, que es la falta de voluntad, no tener ganas de vivir; toda esta cosa que es muy diferente del cansancio o de la depresión -cuanto hay cansancio, el cansancio es para todo, cuanto hay tibieza, este aburrimiento sólo es por las cosas de amor. En cambio por el egoísmo uno está despierto, hay un buscarse a un mismo a través del trabajo, a través de las formas de diversión, hay un entusiasmo por cosas que no son amor-. Entonces, sí que se puede individuar, y decir "esto es tibieza", porque hay falta de amor, falta de lucha por estimar a Dios, por estimar la familia, por estimar los otras. Hay un buscarse con un mismo. Es la tristeza, es escoria del egoísmo, lo que queda tras haber quemado, cuanto no queda nada, lo que más brilla pero no vale nada; todo aparece en formas de vanidad. De hecho, las otras dos tentaciones enmarcan algo esta forma de hipocresía, de alienación. Y Jesús proclama el remedio: "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". "Para ser feliz sólo hay que vaciarse de egoísmo y llenarse de Dios. La persona que ha dejado de desear desordenadamente el poder, el dinero y la comodidad y, como consecuencia, ha empezado a saborear, a gustar, a paladear a Dios, en el fondeo de su alma, se llenará de serenidad, de alegría y de gozo. Empezará a vivir la felicidad eterna en esta vida" (J.M. Moliner, en S. Juan de la Cruz). "Tu barca -tus talentos, tus aspiraciones, tus logros- no vale para nada, a no ser que la dejes a disposición de Jesucristo, que permitas que El pueda entrar ahí con libertad, que no la conviertas en un ídolo. Tú solo, con tu barca, si prescindes del Maestro, sobrenaturalmente hablando, marchas derecho al naufragio. Únicamente si admites, si buscas, la presencia y el gobierno del Señor, estarás a salvo de las tempestades y de los reveses de la vida. Pon todo en las manos de Dios: que tus pensamientos, las buenas aventuras de tu imaginación, tus ambiciones humanas nobles, tus amores limpios, pasen por el corazón de Cristo. De otro modo, tarde o temprano, se irán a pique con tu egoísmo" (Amigos de Dios, 21).

"Necesito prevenirte todavía contra el peligro de la rutina -verdadero sepulcro de la piedad-, que se presenta frecuentemente disfrazada con ambiciones de realizar o emprender gestas importantes, mientras se descuida cómodamente la debida ocupación cotidiana. Cuando percibas esas insinuaciones, ponte con sinceridad delante del Señor: piensa si no te habrás hastiado de luchar siempre en lo mismo, porque no buscabas a Dios; mira si ha decaído -por falta de generosidad, de espíritu de sacrificio- la perseverancia fiel en el trabajo. Entonces, tus normas de piedad, las pequeñas mortificaciones, la actividad apostólica que no recoge un fruto inmediato, aparecen como tremendamente estériles. Estamos vacíos, y quizá empezamos a soñar con nuevos planes, para acallar la voz de nuestro Padre del Cielo, que reclama una total lealtad. Y con una pesadilla de grandezas en el alma, echamos en olvido la realidad más cierta, el camino que sin duda nos conduce la santidad: clara señal de que hemos perdido el punto de mira sobrenatural; el convencimiento de que somos niños pequeños; la persuasión de que nuestro Padre obrará en nosotros maravillas, si recomenzamos con humildad" (Amigos de Dios, n.150). De ahí viene una falta de motivaciones, la tristeza va degenerando en descorazonamiento, en abandono..., como recordaba s. Josemaría: Enemigo de la perseverancia, hijos míos, es el desaliento. Llegan momentos de lucha, a vuestra edad, y en la madurez y en la vejez. Yo los tengo también. Momentos en los que el alma se siente movida a

gritar, con San Pablo, aquellas palabras que para mí son un gran consuelo: “veo otra ley en mis miembros, que resiste a la ley de mi espíritu y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom.7, 23-24) Se sienten entonces los ataques de la soberbia y de la sensualidad y las ansias, no de libertad, sino de libertinaje. Y si no estamos precavidos, es entonces cuando aparece en nuestra vida el desaliento.

Hay que estar precavidos y pedir a Dios más gracia; ser humildes. Esta debilitación de las fuerzas del alma, si no se repara, trae consigo la tibieza: “una cierta tristeza por la que el hombre se vuelve tardo para realizar actos espirituales a causa del esfuerzo que llevan consigo” (S.Th. I, q.63, a.2, ad 2). ¡Faltan verdaderos ideales! "Un hombre que no quiera hacer nada, apático, va mal. Por lo menos debe tener deseos de hacer algo. Y si no, debe tener deseos de tener deseos: eso ya es hacer algo. El enemigo verdadero está en la falta de lucha, en la ausencia de deseos de santidad, en una deficiente alimentación espiritual y en la presencia no combatida de malos gérmenes, que conducen a un modo habitual de pensar, querer y obrar enfermizo, desganado, a la depauperación del amor de Dios. Este enemigo de la perseverancia es la tibieza. Los tibios tienen el corazón de barro, de carne miserable. Hay corazones duros - yo los he visto, que me perdonen los médicos: iba a decir que los he tocado con las manos-, corazones duros, pero nobles, fríos, pero nobles, que, al acercarse al calor del Corazón de Jesucristo, se derriten como el bronce en lágrimas de amor, de desagravio, ¡se encienden! Y hay otros, que son de barro y se resquebrajan. Son polvo, dan asco. ¡Hijos míos!, ¡Jesús nuestro!, ¡lejos de nosotros la tibieza! ¡Tibios, no!

La tibieza no nace de una caída, por grande que sea, ya que cuando hay humildad y arrepentimiento, cuando hay verdadera contrición, el alma se levanta presta, y aun con nuevo vigor. La tibieza se origina cuando el alma abandona la lucha, porque no está firmemente asida y afincada en Dios, porque descuidó los medios sobrenaturales, como si todo dependiera de sus fuerzas. Lucha compuesta de continuas negaciones de uno mismo: de su propia voluntad, de su honra, de sus gustos. No es posible pronunciar un “fiat!” con tal plenitud y diligencia, y perseverar en ese amor, si no va precedido, acompañado y seguido de continuas negaciones, que hacen arraigar en el alma el Amor Hermoso, la disponibilidad completa a la Voluntad de Dios. En una palabra, para decir al Señor que sí, hay que ejercitarse en decir que no a todo lo que nos pueda separar de El. Por eso san Josemaría quiso tener bien delante de sus ojos, en su dormitorio, aquel “Aparta, Señor, de mi / lo que me aparte de Ti”. ¡Qué gran sabiduría la de aquel brevísimo punto de Camino: “acostúmbrate a decir que no!” Sólo así se habilita el alma para entregarse a las grandes gestas del amor de Dios y del apostolado. Esta es la lucha que nos pide el Señor, para domar nuestras pasiones, para dar muerte a las concupiscencias en lo ordinario de cada día.

La primera causa de la tibieza es el amor propio: El Emperador Federico Barbarroja se consideraba el sucesor de Constantino, de Justiniano y de Carlomagno, llegó a declarar que «la ley es la voluntad del Emperador». Le superó más tarde Luis XIV de Francia: «el Estado soy yo» y Adolfo Hitler: «es recto lo que un hombre de raza aria piensa que lo es». Es la soberbia que, al descubrir faltas y miserias, y lo difícil que resulta arrancarlas, puede llevar a cierta desesperanza, que facilita el abandono en la lucha. La visión humana se nos mete relativizando lo que no debemos. Diariamente oímos cuando alguien copia en un examen: «eso es muy humano». Cuando alguien se queda con el cambio o defrauda al fisco «eso es muy humano». Tras un fracaso, alguien se viene abajo y se sumerge en la amargura: «eso es muy humano». Curiosamente llamamos «humanos» a nuestros vicios y carencias. Y, por ahí, ese «humano» muchas veces es sinónimo de «animal».

También el activismo desmedido, que hace que se descuiden las prácticas de piedad, o que se cumplan con rutina o desorden, quizá con la excusa de una mayor dedicación apostólica y apariencias de eficacia. Es bueno concretar en la oración, con un afán santo de renovar la entrega, en qué he de puntualizar mi contienda interior para ser humilde y para vivir libre del amor propio excesivo. La suma de estas negaciones es una gran afirmación de Amor de Dios. Si encontramos en el alma algunas tendencias o concesiones que reclaman un no rotundo, es hora de poner remedio y recomenzar. De estas continuas negaciones, irá renaciendo un Amor de Dios más lleno de vigor: “Lucha contra esa flojedad que te hace perezoso y abandonado en tu vida espiritual. – Mira que puede ser el principio de la tibieza..., y, en frase de la Escritura, a los tibios los vomitará Dios” (Camino 325). “Me duele ver el peligro de tibieza en que te encuentras cuando no te veo ir seriamente a la perfección dentro de tu estado. – Di conmigo: ¡no quiero tibieza!: "confige timore tuo carnes meas!" – ¡dame, Dios mío, un temor filial, que me haga reaccionar!” (326). “Ya sé que evitas los pecados mortales. – ¡Quieres salvarte! – Pero no te preocupa ese continuo caer deliberadamente en pecados veniales, aunque sientes la llamada de Dios, para vencerte en cada caso. – Tu tibieza hace que tengas esa mala voluntad” (327). “¡Qué poco amor de Dios tienes cuando cedes sin lucha porque no es pecado grave!” (328). “Los pecados veniales hacen mucho daño al alma. – Por eso, "capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas", dice el Señor en el "Cantar de los Cantares": cazad las pequeñas raposas que destruyen la viña” (329). “¡Qué pena me das mientras no sientas dolor de tus pecados veniales! – Porque, hasta entonces, no habrás comenzado da tener verdadera vida interior” (330). “Eres tibio si haces perezosamente y de mala gana las cosas que se refieren al Señor; si buscas con cálculo o "cuquería" el modo de disminuir tus deberes; si no piensas más que en ti y en tu comodidad; si tus conversaciones son ociosas y vanas; si no aborreces el pecado venial; si obras por motivos humanos” (331).

La pereza es causa y consecuencia de esa poca lucha, cuando nos esforzamos hay alegría y cuando no, tristeza-pereza: “¿Qué tengo yo que mi amistad procuras? / ¿Qué intereses se te sigue, Jesús mío, / que a mi puerta, cubierto de rocío, / pasas las noches del invierno oscuras? / ¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras / pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío, / si de mi ingratitud el hielo frío / pasmó las llagas de tus plantas puras! / ¡Cuántas veces el ángel me decía: / "Alma, asómate ahora a la ventana; / verás con cuánto amor llamar porfía"! /Y ¡Cuántas, hermosura soberana, / "Mañana le abriremos" -respondía-, / para lo mismo responder mañana!” (Lope de Vega; Himno del Oficio de Lectura, Tiempo de Cuaresma, sábado). En lugar de dejar con la “puerta cerrada” al Señor pensando en responderle mañana, mejor es espabilarnos, con la ayuda de Dios, abriéndole el alma: “Levántame Señor, que estoy caído, / sin amor, sin temor, sin fe, sin miedo; quiérome levantar y estoyme quedo; / yo propio lo deseo y yo lo impido. / Estoy, siendo uno solo, dividido: / a un tiempo muerto y vivo, triste y ledo; / lo que puedo hacer, eso no puedo; / huyo del mal y estoy en el metido. / Tan obstinado estoy en mi porfía, que el temor de perderme y de perderte / jamás de mi mal uso me desvía. / Tu poder y tu bondad truequen mi suerte: / que en otros veo enmienda cada día, / y en mí nuevos deseos de ofenderte (Himno del Oficio de Lectura, Tiempo de Cuaresma, miércoles).

El *peligro de la tibieza es grande* (cf. Apoc 3,14s); «qui spernit modica, paulatim decidet» (Eccli 19,1: el que desprecia lo poco, quedará completamente desnudo; Lc 16,10: «quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho»). “Cómo entiendo la pregunta que se formulaba aquella alma enamorada de Dios: ¿ha habido algún mohín de disgusto, ha habido algo en mí que te pueda a Ti, Señor, Amor mío, doler? / —Pide a tu Padre Dios que nos conceda esa exigencia constante de amor” (Forja 494); la vida interior es continuo comenzar y recomenzar.

Pedro en sus negaciones es ejemplo de descuidarse... se entrega, pero luego falla: «aunque todos se escandalicen de ti, yo jamás te negaré»... Sigue a Jesús de lejos...  
*Manifestaciones:*

*-en primer lugar el abandono en la lucha para cumplir bien las prácticas de piedad.* Pedro es un bocazas, activista... después se duerme en la oración (Lc 22,45), por tristeza;

*-después, la despreocupación de lo que es ocupación general de la Iglesia: la santidad personal y la santidad de los demás:* sigue de lejos a Jesús (v.54), está frío y busca el fuego de otros para calentarse (v.55): compensaciones;

*-la vergüenza o el abandono para ayudar a los demás y recibid la ayuda de la corrección...*

*-Luego, el pensar que se hace mucho: yo me estoy matando..., no tener interés en pegar esta locura de amor a Jesús;* Pedro termina negando a Jesús (v.57-60).

Termina bien: se arrepiente y llora (v.62); que sepamos reconocer la mirada de Jesús, ser columnas de la Iglesia: "*Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación...*": *¡es impresionante la experiencia de cómo puede abandonarse un quehacer divino, por un engaño pasajero!* (Forja 487); *Ruega al Señor que te conceda toda la sensibilidad necesaria para darte cuenta de la maldad del pecado venial; para considerarlo como auténtico y radical enemigo de tu alma; y para evitarlo con la gracia de Dios* (Forja 114).

El demonio, *tamquam leo rugiens* (I Petr. V, 8) arremete desde fuera, pero si uno está fuerte no se acerca a ver si le muerde, hay que cuidar los detalles de amor para no dejarse caer en la tentación: "a olla que hierve no hay mosca que se acerque", si hay amor no se arriesga. *Las tentaciones tienen su sentido y valor.* Con la ayuda de la gracia no caeremos en el plano inclinado de la tibieza. El contraste entre el hombre viejo y la nueva vida en Cristo se ve en esos pequeños detalles; tenemos el peligro de la falsa «naturalidad» que sería dejarse llevar por modelos de comportamiento ajenos al espíritu del Evangelio. El sentido de la secularidad (estar en el mundo) es distinto del secularismo (ser mundanos). Afinar en el examen para que no se introduzcan síntomas de tibieza, aburguesamiento, como decía san Josemaría: A lo largo del camino -del vuestro y del mío- solamente veo una dificultad, que tiene diversas manifestaciones, contra la cual hemos de luchar constantemente... es el peligro del aburguesamiento, en la vida profesional o en la vida espiritual; el peligro de sentirse solterones, egoístas, hombres sin amor... Esa dificultad y ese peligro suele tener dos claras manifestaciones: la tibieza y la inconstancia en la tarea apostólica. Por eso decidle al oído con caridad fraterna, para remover su conciencia: scio opera tua, quia neque frigidus es neque calidus: utinam frigidus esses aut calidus! Sed, quia tepidus es et nec frigidus nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo. Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, y no eres frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca (Apoc. III, 15 y 16). Y, si es necesario, decidle también qui enim haesitat similis est fluctui maris, qui a vento movetur et circumfertur. Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis. Quien anda dudando, es semejante a la ola del mar alborotado, llevada de una parte a otra por el viento. El hombre de ánimo doble, insincero, es inconstante en todos sus caminos (Iacob. I, 6 y 8)

Con esta bendita caridad fraterna, sostenida por la gracia del Dueño de la Casa, alejaremos también de nuestra familia esa otra perniciosa asechanza del diablo: la tibieza. La tibieza, decía D. Álvaro del Portillo, supone una grave enfermedad de la voluntad. Con una

mirada apagada para el bien y otra más penetrante hacia lo que halaga el propio yo, la voluntad tibia acumula en el alma posos y podredumbre de egoísmo y de soberbia que, al sedimentar, producen un progresivo sabor carnal en todo el comportamiento. Si no se ataja ese mal, toman fuerza, cada vez con más cuerpo, los anhelos más desgraciados, teñidos por esos posos de tibieza: y surge el afán de compensaciones; la irritabilidad ante la más pequeña exigencia o sacrificio; las quejas por motivos banales; la conversación insustancial o centrada en uno mismo, ya que un síntoma peculiar de la tibieza se define en aquel “non cogitare nisi de se”, que se exterioriza en “non loqui nisi de se”. Aparecen las faltas de mortificación y de sobriedad; se despiertan los sentidos con asaltos violentos, se resfría la caridad, y se pierde la vibración apostólica para hablar de Dios con garra.

Dos consecuencias de la misma causa: la ausencia de vida interior, la falta de entrega al Amor de Dios. Respecto a la tibieza en la vida espiritual, esta afirmación es evidente. *Cuando una persona no tiene caridad, es que no le late el corazón en amor de Dios, que ha muerto. Se le pueden aplicar aquellas palabras de la Escritura: iam foetet, quatruiduanus est enim (Ioann. XI, 39); hiede, está muerto desde hace días.* -Para luchar contra el aburguesamiento, contra la tibieza, es necesaria la buena voluntad: y la primera manifestación de la buena voluntad es la sinceridad en la vida, coherencia. La sinceridad y la tibieza son enemigos, y se excluyen. Por eso, quien es sincero, encuentra la fuerza de luchar y de salir del camino peligrosísimo de la tibieza; quien no es sincero, quien tiene ánimo doble, no puede luchar, porque su ideal ya apenas brilla; por eso es inconstante en todos sus caminos: “Contra la vida limpia, la pureza santa, se alza una gran dificultad, a la que todos estamos expuestos: el peligro del aburguesamiento, en la vida espiritual o en la vida profesional: el peligro —también para los llamados por Dios al matrimonio— de sentirse solterones, egoístas, personas sin amor. / —Lucha de raíz contra ese riesgo, sin concesiones de ningún género” (Forja 89).

La presión del ambiente tan grande, que casi insensiblemente -con la complicidad de nuestra naturaleza caída- podríamos acostumbrarnos a modos o tonos de comportamiento que no se pueden compaginar con cuanto exige el seguimiento de Jesucristo. Hemos de sostenernos mutuamente para estar vibrantes: la comodidad, la falta de sobriedad, la vanidad o la sensualidad, ya que tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret (I Petr. V, 8-9), y hay gente que se pierde, por no cuidarse. No podemos decir de alguien: “Lo veía venir”..., pues *hemos de decirnos las cosas a la cara, con nobleza y sentido sobrenatural, lealmente, para que nos corriamos.*

Otro medio es alejar las ocasiones de pecado: “*Un querer sin querer es el tuyo, mientras no quites decididamente la ocasión. -No te quieras engañar diciéndome que eres débil. Eres... cobarde, que no es lo mismo*” (Camino 714), aunque haya que luchar contra corriente: «el que no avanza retrocede». “*Me dices que tienes en tu pecho fuego y agua, frío y calor, pasioncillas y Dios...: una vela encendida a San Miguel, y otra al diablo. / Tranquilízate: mientras quieras luchar no hay dos velas encendidas en tu pecho, sino una, la del Arcángel*” (Camino 724).

*También hay que aprovechar las propias faltas y las faltas de los demás. Rectificar, desagaviar (actos de amor, reparación).*

El peligro de la rutina, que hemos visto: santificarla. “*¿Crees que es justo que el Señor haya muerto crucificado y que tú te conformes con "ir tirando"? Ese "ir tirando" ¿es el camino áspero y estrecho de que hablaba Jesús?*” (Josemaría Escrivá).

Manifestaciones de la tibieza según San Isidoro: algunas son más corporales o de la sensibilidad como estas:

1.- otiositas. La pereza es una de las grietas fundamentales. Impuntualidad. Perdida de tiempo. Incumplimiento de los deberes. Buscar lo fácil. Falta del minuto heroico.

2.- somnolentia: mente dormida. Poca atención en el estudio. Debilidad

3.- importunitas mentis: distracciones inoportunas e insistentes. Soñar despiertos. Quimeras; “inquietudo corporalis”: movimientos de impureza fruto de la ociosidad o de la comodidad o del descontrol de la vista el oído o la imaginación. Vehemencias difíciles de controlar. Búsqueda de compensaciones en el comer el beber o el ver. Sentir impide el pensar.

4.- inestabilitas: alteraciones del humor por la escasez de virtud. Al faltar la estabilidad de la virtud las buenas disposiciones no bastan con los fracasos aumenta la sensación de fracaso y tristeza. Cambios bruscos de carácter. Deleitarse en la tristeza. Compasión de uno mismo. “Non cogitari nisi de se”.

5.- «verbositas»: «non loqui nisi de se». Hablar sin escuchar. A veces es mutismo que es peor. Superficialidad en las conversaciones.

6.- “curiositas”: afán de novedades. Querer enterarse de la vida de los demás. Intentar probar algo pecaminoso sólo por ver que pasa. No saber huir de las ocasiones. Ansia de probarlo todo.

- Hijas de la tristeza:

1. rancor: Animo enemigo de los que actúan bien. Deseo de realizar acciones prohibidas y pena de que estén prohibidas. Espíritu vengativo. Envidia. Pensar mal. Dolerse de la alegría en la entrega de otros

2. pusillanimitas: cobardía por temor y falta de amor (“qui autem timet non est perfectus in caritate”). Fijarse excesivamente en las dificultades. No actuar con decisión. Falsa humildad

3. amaratio: amargura que se refleja en el rostro, en los juicios pesimistas, en la visión negativa. Intentar aguar la fiesta a los optimistas con un falso realismo que oculta la falta de decisión para actuar.

4. desperatio: Dejar de luchar, verlo todo negro. no saber arrepentirse. Desconfiar de la misericordia de Dios. No poner los medios adecuados para vencer.

- San Gregorio aporta estas características:

1- malitia: Voluntad mal inclinada por deseo de placer o de honores y que se vicia en la intención. Retorcimiento en la sinceridad. 2- rancor. 3- pusillanimitas. 4- “torpor circa praecepta”: lentitud ante lo que no satisface los propios caprichos. Una mirada apagada para el bien que no se percibe como tal ya que se ha narcotizado la conciencia. 5- “evagatio mentis circa illicita”: Una mirada atenta para lo ilícito que se desea más o menos ocultamente, no apartan de las oportunidades de caer con decisión. Construcción de castillos en la imaginación.

Los antiguos distinguían: a) inevitable: abarca los defectos que cometemos sin plena voluntad y tan sólo por nuestra frágil naturaleza; ej: (distracciones en la oración, inquietudes interiores, palabras inútiles, vana curiosidad, deseos de bien parecer, cierta sensualidad en el comer y en el beber, movimientos de la sensualidad no cortados al instante, etc.); b) evitable: pecados veniales deliberados, cometidos a cara descubierta. Santa Teresa decía: "pecado muy

de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él" Ej.: (mentiras voluntarias, murmuraciones leves, imprecaciones, resentimientos manifestados con la lengua, burlarse del prójimo, palabras punzantes, alabarse y acrecentar la estima propia, rencores y malquerencias, afición desordenada a personas del otro sexo, etc.): "Oh que quedan gusanos que no se dan a entender... hasta que han roído las virtudes"; "miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes".

Efectos: + engolfados en la propia estima; + irritación si las cosas no van como deseábamos; + avidez por escuchar mil noticias ajenas al servicio de Dios; + turbación e impaciencia según la luna; + disgusto para lo de Dios ("para el justo practicar la justicia es una alegría, para los que obran el mal es un terror": Prov 21,15); + vivir de deseos pero no ponerlos en práctica ("los deseos del perezoso lo matan, porque sus manos rechazan el trabajo. Todos los días está deseando el impío, mas el justo da sin cesar": Prov 21.25); + relajar el cuerpo por razones de salud; dedicar la afectividad a terceros lejanos; sentirse víctimas ante una pequeña desatención; recelan de la oración y del recogimiento...;

Knox habla de las tentaciones, de cuando no decimos no ni sí, sino "ni": "¿No nos portamos como Rubén al proponer que su hermano sea arrojado a la cisterna, confiado en que más tarde habrá tiempo de sacarle de allí, cuando jugueteamos con las ocasiones de pecado, con temor de una parte y por otra con deseo de caer?" (Ep sac.). *Respecto al entendimiento*, hay una paralizante cavilación (ver pegadas en todo: tengo que ir a Misa, tengo otra vocación, la mujer o el jefe dicen esto y son exigencias demasiado altas...) sólo lleva a agobiarse (ansiedad en la cabeza), sin conclusiones, acogotándose... *En la voluntad*: frustración por lo que es el bien ("otra vez tengo que ir a retiro" y ese lugar no es cómodo...), "me piden mucho",... falta de ganas y agresividad, sentirse como esclavos, en un callejón sin salida, fomentar ensueños difusos en lo que no existe. Ansia de hacer otras cosas. *En los actos*, dejar de hacer lo que se debe, prácticas de piedad o medios de formación... cosas de fe y cosas de Dios, falta de ganas. Aparece más fuerte el lema: "comamos y bebamos que mañana moriremos". Tenemos tiempo para una cosa que nos gusta, pero no para el Señor, embotamiento para Dios, y tedio, vacío y uno se ve lanzado para todo lo humano. Hay que reaccionar, y luchar con los horarios y ciertas actitudes, con la ley de gradualidad. Romper el entusiasmo por las diversiones y entusiasmarse con lo de Dios.

Remedios: a) Deseos de perfección: los deseos son alas. San Agustín: no ir adelante es retroceder. Bueno es Yahvé para quien en Él espera. Santa Teresa: es entender mal la humildad que parezca soberbia tener grandes deseos. b) Resolución de entregarse del todo a Dios: las medias tintas son de difícil arreglo. Por el contrario Santa Teresa: "El demonio ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya gran experiencia le hacen gran daño". Resolver: 1º antes morir que pecar, -sabiendo que habrá tentaciones-; 2º escoger lo más perfecto; 3º decisión: lo que tengas que hacer hazlo presto (Ecls 9.10: "Todo lo que tu mano encuentra posibilidad de hacer, hazlo mientras puedes, porque no hay ni obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el seol donde tú vas"); 4º pensar el grado de determinación con que se entregó Jesús; c) Oración mental: quien no medita las verdades eternas, representará una comedia zafia y rastrera;

Conviene distinguir entre aridez y tibieza, ya que concuerdan en lo dificultoso de la dureza del camino. Pero la diferencia es muy notable: el "tedium vitae" es el aburrimiento vital, estar harto de vivir... Llega un momento en la vida que uno se pregunta: "¿no hay nada más?; ¿es sólo eso?" También hay otras crisis, como la de los tres "poderes": "poder" correr es propio de la primera edad, el "poder" económico de la segunda, y "poder" pasear de la tercera... Puede haber un desencanto para las cosas de Dios, a los 60, cuando uno piensa "no



nos llegarán los dineros”, “un cojín por si acaso...” aunque algunos, especialmente los que han pasado estrecheces (como en la guerra civil española), más que “un remanente llamado cojín” se preparan “un colchón...”, son muy recaudadores porque la psicología los ha preparado para ello... aparece el pensamiento de la muerte, cierto deseo de dejar de luchar como el guerrero cansado que busca descanso; cierta debilidad. Y es difícil que se pueda superar los 80 sin pensar de una manera especial en “comida”... Así el alma se purifica. Son los condicionantes también internos, y si no se conocen puede aparecer la agresividad... pero la tibieza es algo distinto, es el aburrimiento sólo para las cosas de Dios. la tibieza es distinta; ya que en la aridez se es fiel y en el fondo hay paz, aunque no haya ganas sensible. Se proclama con el salmista: “Aunque pase por valles tenebrosos, tú estás conmigo”. No es tibieza la noche del espíritu –ya hablaremos de ella-, ni las enfermedades que hay que pueden venir. El aburrimiento vital, aburrimiento de la vida, requiere distracción, una salida es pasear, ver pasar el agua, suspirar, quejarse. La tibieza es un aburrimiento para las cosas de Dios, en el comienzo de la vida profesional puede provocar, cuando hay éxito, ciertos “delirios de grandeza”: ¿me quedo en casa, o me voy?, el peligro de cambiar de tercio.

En la tibieza la causa es culpable porque proviene de descuidos en cosas pequeñas o en pecados veniales o en falta de entrega; y el alma esta sin paz, amargada, no cumple o cumple mal. Si no se lucha el estado de tibieza conduce a la infidelidad o al estado de pecado. Hemos visto como la tibieza se manifiesta en desgana, flojera, altibajos, apatía, pérdida del entusiasmo, insensibilidad para las realidades espirituales, búsqueda hasta en lo religiosos de un sabor carnal, estar de vuelta, sonar todo a sabido; un cierto olvido de Dios. La escena de la higuera maldecida o la viña que es amenazada de ser arrancada nos ayuda a considerar una nueva oportunidad, cada día es una “segunda oportunidad”... con aprovechamiento de las propias faltas y también las faltas de los demás: rectificar, desagrar (con actos de amor, de reparación). El profeta Ezequiel pone en boca de Dios estas palabras (18, 27-28.32): “Y si el malvado se aparta del mal que ha cometido para practicar el derecho y la justicia, conservará su vida. Ha abierto los ojos y se ha apartado de todos los crímenes que había cometido; vivirá sin duda, no morirá... Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere, oráculo del Señor Yahvé. Convertíos y vivid”. Jesús ante la adúltera es muy claro: “vete en paz, y no vuelvas a pecar” (Juan 8), y al paralítico: “mira, que ya estás sano, no quieras ya pecar” (id.). A veces hay un espacio intermedio en el que no nos aclaramos, un querer sin querer como decía S. Agustín: “ni del todo quería, ni no quería del todo. Por eso yo lidiaba contra mí mismo y yo mismo me partía en dos pedazos. Y esta íntima escisión hacíase contra mi voluntad (...). Y, no obstante, no era yo quien la obraba, sino el pecado que habitaba en mí, pecado que manó del castigo de otro pecado más libre, porque era hijo de Adán” (Confesiones 8, c. 10).

“*Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!*” Ninguna tentación aguanta un acordado bien rezado; sinceridad con ella, hablar y “mano de santo”: desaparece aquello; o bien no, pero estamos abrazados a la cruz, y aguantamos con paciencia y alegría en el dolor. Nuestra Señora nunca desampara a los que ponen en Ella su confianza: “El amor a Nuestra Madre sea soplo que encienda en lumbre viva las brasa de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza” (Camino 492).